

Desde el ventanal de su oficina, Rubinstein miró los jacarandaes y se dijo que el azul de sus copas le hacían olvidar el bochinche de la calle. Los descubrió años atrás gracias a KAL, quien le hizo dar cuenta de que existían. ¿Notó qué lindos eran? Cuando escuchó su pregunta, no pudo evitar sentirse incómoda. Hasta ese momento no los había visto. No miraba árboles y no sabría reconocer un jacarandá de un limonero, se disculpó. La otra sugirió que los observara, porque valían la pena. En otros lugares se los conoce como gualandays. Dicotiledóneas de la familia de las bignoniáceas, le informó con aire experto. Éstos crecían en la vereda del edificio del Banco y Rubinstein, una vez a solas, confirmó que eran hermosos. A partir de entonces, aprendió a ver en ellos los anticipos de las estaciones y supo que su belleza lucía desde entrada la primavera y especialmente en el verano, mientras que en invierno se volvían un montón de ramas retorcidas. Cuando veía los augurios de su floración, se alegraba como si fuera el resultado de una tarea personal. Esa mañana había hecho un alto en el trabajo y estaba mirándolos cuando KAL le anunció por el interno que una comisión policial había allanado el estudio del contador Casas. Avise a HCB, urgió Rubinstein. Quizá él supiera qué significaba eso.

Al principio, la costumbre de llamarse por las iniciales le había causado bastante fastidio hasta que, de tanto verlas en los memos y en los correos electrónicos, pudo habituarse a esa modalidad

## ***Cerró sus puertas, cerró sus ojos***

que trajo MHT, de RRHH. Se estilaba en las empresas inglesas y americanas, explicó, y ese señalamiento bastó para que Willy la impusiera en el Banco y así, de un día al otro Rubinstein pasó a ser ENR, que podría identificar cualquier cosa: una empresa, la marca de una licuadora, un aplicativo informático o lo que era: la abogada del Banco. De igual forma, MHT, ADC, MNS, KAL, JIP y toda la sopa de letras en que se convirtió la nómina, dejaron de ser individualidades. Con el tiempo y el hábito, terminó identificando a todos por sus iniciales. Ahora esos asuntos parecían insustanciales. Nadie se dio cuenta de cómo sucedió, pero fue así.

Metida en sus asuntos se olvidó de los jacarandaes, del allanamiento de la oficina de Casas y del aviso a HCB. Al mediodía salió a comer. Estudiaba el menú cuando sonó su celular y lo observó, hasta que el aparato se silenció para recomenzar de inmediato. Con fastidio, miró el número aparecido en su pantalla y se arrepiñó de su anterior indiferencia al comprobar que la llamada era del vicepresidente del Banco. Tardaste en atender, mordió JIP por el auricular. Largá lo que estés haciendo y vení. Reventaron el estudio de Casas y ahora están en el Banco. ¿Quién? La cana ¿quién va a ser? ¿Al Qaeda? ¿Y qué buscan? No pienso quedarme a averiguarlo, anunció el otro. Vení y hacé tu parte que para eso sos la abogada. No conviene que presencie el procedimiento, señaló ella. Me incluirán en el acta y eso me impedirá pedir después su nulidad. No me interesan tus razones, advirtió JIP. Estate aquí en diez minutos y hacete cargo, pidió el otro.

Rubinstein llamó al celular de ADC. ¿Qué está pasando? No tengo idea, pero han caído en todos lados, apuntó ADC. ¿Dónde más? En todos lados, se impacientó el otro. Empezaron por lo de Casas,

pero también cayeron en la inmobiliaria, en la constructora, en la casa de bolsa, en la agencia de cambio, en la algodонера y en la administradora de los campos. También fueron a la Fundación y ahora entraron aquí. Han movilizado una nube de canas para este operativo. ¿Y Willy? Su avión sale en treinta minutos. Si nadie buchonea, zafa. Pero si lo arrestan, indicaría que los dioses lo abandonaron, definió ADC.

Se dirigió al Banco con la zozobra creciéndole en el pecho. El poder es algo etéreo, pensó. Sus intenciones se descubren tarde, por pequeños síntomas y detalles casi tontos. La policía allanando el Banco podía ser la señal de un cambio de humor o el fin de una alianza que dejaba al Jefe a la intemperie. El día que eso sucediera, hasta el canillita de la esquina le tocará el culo, anticipó JIP la vez que almorzaron con la delegación española en “Pedemonte”. Tendría que averiguar qué está haciendo ahora el diariero, se dijo Ru-binstein. Aunque tampoco sería una certeza. Todo estaba fragilizado y cualquier cosa bastaba para sacudir la estructura del país. Era más que un problema empresario, explicó JIP a los españoles mientras pedía al mozo que llenara de nuevo su copa. Los otros repartían su atención entre los medallones de lomo, las copas de cabernet sauvignon y las monsergas de JIP. Si el gobierno no conseguía refinanciar la deuda pública, ocurriría una hecatombe, les anunció JIP. Y si la refinanciaba también, dado que este pueblo es una mierda al que nada le satisface, había concluido después de otro trago. Los de la delegación alzaron los ojos de sus platos, y Rubinstein se sintió obligada a pedirle a JIP que no fuese tan tajante. La gente no quiere cumplir los compromisos que tomó la república, definió éste sin prestarle atención. Nadie quería pagar

## ***Cerró sus puertas, cerró sus ojos***

los platos rotos del endeudamiento, a pesar de que todos participaron de la fiesta, prosiguió ilustrando a los visitantes. Tampoco nadie quería recordar que, a excepción de los militares que no necesitaron ganar elecciones para pedir prestado, los que endeudaron al país llegaron al gobierno con los votos de la mayoría. Por eso digo que este pueblo es una mierda, repitió JIP. Aquí, la culpa siempre la tiene otro. Al recordar esa frase, a Rubinstein se le ocurrió que al gobierno le sería funcional en esos días meter preso a un banquero. La solemnidad de Willy, la majestuosidad de su porte y su trayectoria empresaria cumplían con holgura las condiciones para que su eventual ingreso en la cárcel alegrara el corazón de muchos. Pero como había mejores candidatos del mismo perfil, deseó que tiraran a otro a los leones.

Esa noche, al regresar a su casa, encontró a Roberto acostado en el sofá frente al televisor. Una cantidad de latas vacías de cerveza indicaba que no se había movido en toda la tarde. Se dejó caer en un sillón y anunció estar molida. Después de comentar las novedades, Roberto preguntó si Willy era malo. Se corrigió enseguida, aclarando que quería saber si era tan malo como decían los medios. Rubinstein respondió que con ella no lo fue. Por el contrario, le dio un empleo estable y bien pago. Gesto que agradecía con toda su alma, porque así pudo trabajar en su profesión.

Roberto se extrañó de ese reconocimiento. Si era cierta la mitad de las cosas que le atribuían, Willy no sólo lavó el dinero de la corrupción política sino que además, en su codicia, robó a los ciegos sus limosnas y a los viejos sus pensiones. No debía apurarse en agradecer nada sin antes verificar que los ahorros que le confiaban seguían intactos. Lo dijo como si se tratara de un problema ajeno. A Rubinstein le molestó tanto desapego y sostuvo que cuando se

aclarase la situación, todo volvería a la normalidad. ¿Tan así?, preguntó Roberto con aire suspicaz. Su incredulidad la sacó de quicio. Era fácil pasar las tardes mirando tele imaginando conjuras mientras ella peleaba el mango en la calle. Él quería que le confirmara a cada rato que todo era una mierda, para sentir justificada su depresión. No le daría el gusto. Willy sabrá defender su cuota de poder. No se resignaría a perderla sin pelear, por lo que todavía confiaba en él. Era lo menos que podía hacer. Sin Willy y su Banco, ellos no tendrían nada. Hoy, además del auto, del piso y del country, podían contar con sus ahorros. Al menos, mientras la off-shore del Uruguay funcionara, dijo haciendo un esfuerzo para sonreír.

¿Y qué pasaba con esa financiera?, curioseó Roberto. Por ahora, nada, contestó con tono ligero. Esa misma tarde la habían intervenido, pero fue para evitar que cayera. Montevideo era una plaza segurísima y la fortaleza de su sistema financiero era cuestión de Estado. Sus setenta mil dólares estaban bien cuidados por la República Oriental del Uruguay. No había qué temer. El problema de Willy es de este lado del río, puntualizó. De modo que, en ese aspecto, nada cambiaba para ellos. Tenían una buena suma a buen recaudo. En menos de un año, cuando Willy les pagara los cuatro mil novecientos dólares de interés, tendrían setenta y cuatro mil novecientos. Y así sucesivamente. Sólo se requería que transcurriera el tiempo y no necesitar un dólar. La existencia de esa montaña de plata surgía de la última constancia de depósito que le entregó HCB. Era el mismo formulario de siempre, impreso en computadora y con las dos firmas de siempre. Estaba tranquila por esa plata. Además, en ese momento no podía preguntarle a nadie por sus inversiones, explicó. Sería mal visto y encima, no conseguiría ni una respuesta ni una moneda; por lo que sólo cabía aguardar. Tranquilos, enfatizó. Roberto aseguró que él lo estaba.

## ***Cerró sus puertas, cerró sus ojos***

Esa tarde, apenas se enteró de la detención de Willy, había telefonado a la financiera. Al tercer intento, llamó a la Superintendencia de Bancos del Uruguay donde le informaron que esa off-shore había sido intervenida hacía unas horas. Colgó sintiendo extraviado el pulso. Cuando se repuso, volvió a llamar a la Superintendencia, pero un contestador automático le anunció que el horario de atención había concluido.

A decir verdad, ella nunca fue a Montevideo ni dio al Jefe una moneda, sino que el Banco ofreció pagarle una parte de su sueldo en la off-shore, en dólares. De esa forma, le explicó HCB, ahorraría una parte de su salario que, encima, le rendiría una buena tasa. Además, en esa cuenta uruguaya el Banco podría depositarle sus bonificaciones anuales, evitándole pagar impuestos sobre ellas. Le había parecido bien y apenas dio su conformidad, HCB le indicó que entonces mes a mes le acreditarían el dinero. Cuando RAG vino a su oficina con el papel impreso en computadora con las dos firmas ilegibles dando cuenta del primer depósito, ella entregó los tarjetones de registro con su firma y la de Roberto. Éste, al principio, no quiso saber nada de cobrar intereses ni de tener una cuenta en el exterior pero finalmente aceptó, no sin avisar que estaba en desacuerdo y que esos tejes y manejes le resultaban chocantes y le importaban un pito.

Ella había dado por cierto aquel depósito inicial, y también dio por veraces los sucesivos certificados que recibió. Año a año, ese monto se incrementó con los intereses y con los nuevos depósitos que el Banco le comunicó que había hecho. Todos los meses, Willy le hacía llegar por intermedio de RAG o de FRU un Certificado del Depósito por su nuevo capital y por el plazo de la renovación, de las mismas características que el certificado vencido.

¿Le daría igual recibir hoy un papel impreso en computadora y con dos firmas ilegibles que acreditara que tenía invertidos setenta mil dólares en una off-shore de Montevideo? No. No le daría igual, porque hoy sabía que Willy estaba preso y que detrás del papel no había ni siquiera quien atendiese el teléfono.

Quizá siempre fue así y nunca hubo nadie en esa oficina de Montevideo y tampoco existieron los dólares iniciales que RAG dijo haberle acreditado ni los sucesivos que Willy declaró haber ordenado que le depositaran mensualmente.

De no saber qué pasaba ahora con el Jefe, con el Banco y con el resto de las empresas, hubiera podido seguir sumando nuevos créditos y sus intereses al capital de origen, reinvirtiéndolos una y otra vez. Lo único que necesitaba era el impreso en computadora con dos firmas y creer que representaba algo. De donde podía concluir que no necesitaba el dinero, sino que le bastaba creer en su existencia. Quizá faltó desde siempre. En una de éstas, el Jefe o HCB mandaron que mes a mes y año tras año le imprimieran sus certificados y eso fue todo. Tener papelititos certificando su fortuna invisible al cuidado del Jefe, le daba la certeza de que todo funcionaba normalmente. Además, el Banco pagaba mes a mes la otra parte de su sueldo, con la que atendía los tratamientos médicos de Roberto, los estudios de los chicos, la tarjeta, la hipoteca del country, la prenda del auto, el sueldo de la señora que se ocupaba de la casa, los demás gastos y a veces quedaba algo para darse un gusto. La regularidad de estos pagos ratificaban la de los depósitos en Uruguay y la rotación del planeta. De donde su vida cotidiana había transcurrido aceptablemente ordenada en medio de una realidad que crujía. Hasta que el allanamiento del Banco y la operadora de Montevideo la sacaron de su sueño.